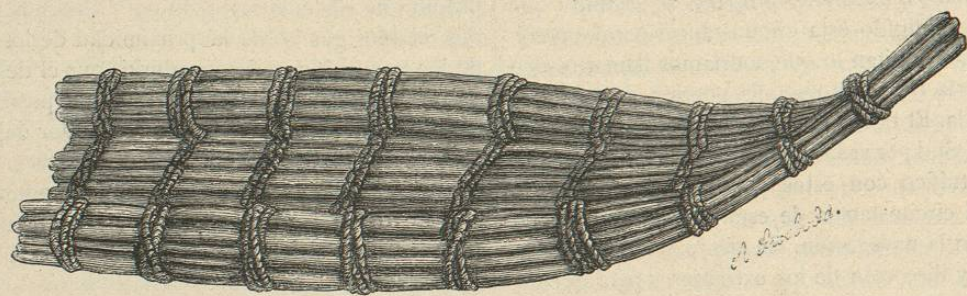


meditar y acabando por marcharse sin vendérselo; que al día siguiente iban á ver á otro comerciante, discutiendo, meditando, rompiéndose la cabeza y marchándose por fin como el día anterior; que todo esto lo repetían cada día hasta haber visitado uno por uno á casi todos los comerciantes de la aldea; y que últimamente vendían el precioso colmillo por menos de lo que el primer mercader les había ofrecido. Su afición á hablar mucho antes de vender sus géneros es consecuencia de su fatuidad, fomentada por las adulaciones de los comerciantes codiciosos, y que en ellos puede más que el afán del lucro: la vanidad es más poderosa que el deseo de la ganancia. Por esto, el comercio es cosa casi exclusiva de las mujeres. Como el mercado es el sitio en donde el negro se siente más á gusto y sin el cual no podría vivir, de aquí que la predilección por esa vida de mercado se base más en motivos de sentimiento que de economía. Desde la bahía de la Ballena hasta Kuta y desde Lagos hasta Zanzíbar, el mercado es el centro de toda la



Una armadía de *ambatsch*, del Alto Nilo (Museo etnográfico, Viena) <sup>1</sup>/<sub>20</sub> de su verdadero tamaño

do de Nyangwe dió á Livingstone y á Stanley abundante materia para interesantes observaciones. «En este mercado — dice Stanley — se puede comprar y vender de todo, desde el más vulgar cacharro de tierra hasta las más hermosas muchachas de Samba, Mazera y Usukuma. De 1,000 á 3,000 indígenas de ambos sexos y de distintas edades acuden allí procedentes de la otra orilla del Lualaba y de las orillas del Kunda, de las islas que se encuentran remontando el río y de las aldeas ó selvas de Mitamba. Casi todos llevan vestidos fabricados en Manyema con telas tejidas con hierbas finas, pintadas de hermosos colores y muy resistentes. Los artículos allí vendidos á cambio de cauris (conchas que sirven de moneda), perlas falsas, alambres de cobre y de hierro y lambas ó pedazos cuadrados de tela de palma, representan los productos de Manyema... ¡Cuánto se parece á los nuestros este mercado por su ruido y el murmullo de voces humanas! Todo se encuentra en ellos; la misma competencia en ponderar las mercancías, los mismos movimientos bruscos é impetuosos, los mismos gestos expresivos, las mismas miradas investigadoras, los mismos cambios de fisonomía para manifestar el desdén, el triunfo, el temor, el placer y la aprobación. También observé con sorpresa que los aborígenes de Manyema tenían de sus productos la misma idea exagerada que los mercaderes al detall de Londres, París y Nueva York.» Por lo demás, las costumbres mercantiles no son las mismas en todas partes. Así por ejemplo, en el territorio posterior de Angola los bangalas han de ser, desde este punto de vista, considerados de muy distinta manera que otros pueblos: si en cualquier negocio no se les da inmediatamente lo que piden, se marchan y no vuelven; por este simple hecho se ha reñido con ellos, y entonces procuran por otros medios, como el robo, apoderarse del objeto que excita su codicia. No son así los songos y los kiokos, pues con ellos puede tratarse según uso y costumbre.

vida activa de las comunidades de negros, y por esta razón se han hecho en estos puntos con mejores resultados las tentativas para civilizar á esos pueblos. Monteiro dice, y con razón, que el comercio de cambio ha dado el principal elemento civilizador de Africa.

Esto cabe aplicarlo así á las comarcas africanas más internadas, á las cuales sólo llegan unos pocos europeos y árabes, como á los puntos de la costa. Cuando Stanley hizo alto en la aldea de Kagehji, del país Usukuma, reunió allí inmediatamente un gran número de comerciantes indígenas que acudieron de 20 y de 30 millas á la redonda. Pescadores de Ukerewe traían pescados secos; las gentes de Igusa, Sima y Maga acudían con cazabe y plátanos; los pastores de Usukuma enviaban sus bueyes; y de Muanza llegaban azadas, alambres, sal y una gran cantidad de batatas y de otras similáceas. En las grandes poblaciones, como Udschidschi y Nyangwe, hay mercados permanentes, teniendo los de la última una importancia más que local. El merca-

Livingstone observó que para comprar cualquier cosa, por insignificante que fuese, era preciso ir al mercado, pues los manyemas evitan cuanto pueden concertar negocios en otra parte. Cuando alguno les dice: «Véndeme esta gallina ó aquel fruto,» se le contesta por regla general: «Ven al Tschitoka (mercado).» La muchedumbre que en éste se reúne infunde confianza á los vendedores y la inviolabilidad del lugar del mercado y de los que á él acuden parece ser una de las pocas nociones jurídicas arraigadas y consagradas por antigua práctica entre pueblos de aquel país. Ir al mercado es para muchos costumbre de todos los días, pues aun cuando en Nyangwe sólo haya mercado cada tres días, durante el resto de la semana celébranse otros en las cercanías que son visitados regularmente por los de Nyangwe. A una hora determinada penetran atropelladamente en la plaza hombres y mujeres cargados con sus géneros; las segundas con pesadas cargas de cazabe seco, grandes cacharros de tierra y demás, y los primeros con un poco de hierro ó con telas de hierba y á lo sumo llevando á la espalda un par de gallinas ó un cerdo. Hé aquí la lista de los objetos que en tales mercados se encuentran, según se desprende de las descripciones de Livingstone y de Stanley: esclavos, cerdos, gallinas, lembes vivos (lepidosomos) en vasijas llenas de agua, otros pescados secos y clavados en palos, dos clases de caracoles tostados, hormigas blancas (gumbe) cazabe seco, trigo, harina, patatas, plátanos, legumbres, bolas de arcilla para los que padecen la enfermedad de comer tierra, tortas de larvas de mosca, aceite de palmera, sal, pimienta y otras especias, bloques de hierro descubiertos por sus extremos para probar la bondad del metal, objetos de arcilla y telas de palma y de hierba.

Esto por lo que hace al tráfico local: en cuanto al comercio con el exterior, fué iniciado, según parece, por comerciantes extranjeros, especialmente árabes y mulatos portugueses, pero como vino á servir principalmente para la trata

de esclavos, se hizo funesto y antipático á los negros. Además, la falta de vías de comunicación lo hacía muy difícil. En el Africa de los negros no se encuentran, salvo contadas excepciones — como la que constituyen los ugandas — caminos artificiales que son uno de los primeros signos de progreso en un pueblo: los caminos más concurridos son simples senderos, parecidos á los caminos de cabras, de uno á dos palmos de ancho, frecuentados en la época de los viajes por hombres y animales, y que mueren (según expresión de los africanos) en el período de las lluvias, es decir se ciegan. En los parajes llanos y desiertos corren cuatro ó cinco de estas sendas paralelas y en las comarcas selváticas hay túneles formados por los arbustos y por las ramas de los árboles que hacen difícil á los faquines el poder llevar la carga. Los campos y las aldeas están rodeados de empalizadas, de macizos de árboles, ó de troncos puestos horizontalmente, que obligan á hacer grandes rodeos. En el país llano, puede calcularse que las sinuosidades equivalen á una quinta parte del camino y allí donde hay obstáculos á la mitad. Los caminos más difíciles son los que, atravesando praderas de alta hierba (como la que crece en Usaramo y Khuttu ó en Lunda), conducen á las montañas por cuyas estribaciones ha de subirse siguiendo el lecho de los torrentes, ó los que se extienden á lo largo de las pantanosas orillas de los ríos. Entre las señales que más comúnmente se colocan en los caminos, figuran los huesos y cráneos blanqueados, los trozos de cacharros y las imitaciones de arcos y flechas, que indican la proximidad del agua.

A consecuencia de la escasez de aguas de ese país, los vados rara vez alcanzan una profundidad mayor de <sup>1</sup>/<sub>2</sub> metro, siendo por regla general mucho más bajos. En tiempo de Burton, entre Udschidschi y la costa sólo había dos ríos con puentes, el Mgeta y el Ruguwu, y únicamente el Malagarasi podía ser pasado en una barca chata. Estos puentes han sido á menudo construidos á fuerza de paciencia; tal ha acontecido, por ejemplo, con el del río Rowube que pasó Camerón á su retirada de Nyangwe y que está forrado con estacas hasta 10 metros de altura. Hé aquí la descripción que hace Wilson de un puente sobre el Wami por el cual hubo de pasar yendo de Bagamojo al Ukerewe: «Las orillas tenían una elevación de unos 15 pies: de una á otra habíanse hecho pasar grandes plantas trepadoras adheridas, en ambas márgenes, á corpulentos árboles. Esas dos plantas estaban unidas entre sí por pedazos de madera colocados transversalmente en cortos trechos que sustentaban largas vigas: una tercera superficie de palos cortos puesta transversalmente encima de éstas, formaba el suelo del puente. Toda la obra se hallaba reforzada por algunas fuertes estacas clavadas en el lecho del río y sujetas por las cuerdas de aquellas plantas. Otras dos plantas trepadoras, tendidas también de una orilla á otra, servían de baranda ó parapeto y contribuían á la solidez del puente. La construcción de éste demostraba mucha inventiva y habilidad: cuando nuevo, ese puente debió ser muy resistente y seguro; entonces era ya muy viejo, los palos del piso eran resbaladizos, pues los desnudos pies de innumerables transeuntes los habían llegado á bruñir: muchos de los apoyos estaban rotos y los grandes agujeros que allí se veían indicaban claramente que todo paso dado en falso podría traer consigo el caer en las murmuradoras aguas; además, aquella construcción vacilaba y temblaba de tal manera, que sólo con gran trabajo podía conservarse el equilibrio. A menudo, los llamados puentes no son más que cuerdas de lianas (plantas trepadoras) por las cuales son pasados de una orilla á otra los asnos y los mulos de las caravanas (hablamos especialmente del Africa oriental). En estos pasos, concéntrate

la caravana que hasta llegar á ellos ha marchado diseminada por una línea muy extensa, de suerte que el jefe de la misma tiene que ir marcando todos los atajos con surcos que traza en la tierra con su lanza ó con ramas desgajadas, para que ninguno de los de la comitiva se extravíe. En dichos puntos se establece el campamento, y si no los hay, levántase éste debajo de corpulentos árboles ó al abrigo de rocas etc., ó cerca de una aldea cuando se atraviesa un país amigo.

Especial estudio merecen los caminos permanentes de caravanas que son de importancia suma para la cultura del Africa, puesto que de antiguo constituyen los canales por los cuales han ido penetrando en el interior los elementos civilizadores de otros países. Los principales son los que vienen del Este por cuanto directamente conducen á los más internados territorios del país de los negros. El Sud y el Oeste se ven menos favorecidos en este concepto, habiendo en ellos conseguido cierta importancia únicamente el camino portugués que se dirige á Kasembe. Los caminos septentrionales que, atravesando el desierto, van al Sudán, no conducen directamente al país de los negros sino á los Estados mixtos de los kanuris, fulbas y árabes, cuyo tráfico con los negros que viven más hacia el Sud se reduce principalmente á la caza de esclavos, como sucedía en otro tiempo entre los antiguos egipcios, cuyas relaciones con los negros están, al parecer, demostradas por el aumento que se observa en los tesoros de la civilización de éstos.

En el Este, no son los extranjeros sino los mismos negros quienes muestran gran actividad en el comercio de caravanas: allí tiene su verdadera residencia el comercio de los negros y está organizado de una manera especial el sistema de faquines, de suerte que Comber pudo decir con razón, hablando del bajo Congo: «Si tuviéramos faquines, todos los obstáculos quedarían vencidos, pero creo que es mucho más fácil llegar de Bagamojo á Uganda ó á Udschidschi que ir de aquí á Stanley Pool, pues no hay nada que pueda suplir á los faquines de Zanzíbar.» Los waniamwesis han tenido, desde tiempo inmemorial, sus caminos para dirigirse á la costa, y si la guerra ó una venganza etc., les han cerrado uno, inmediatamente se han abierto ellos otro; pero las caravanas propiamente dichas, llamadas *safari* en Kiswaheli y *lugendo* en Kinyamwesi, se componen casi siempre exclusivamente de faquines de la costa alquilados. R. T. Burton refiere que los habitantes de las costas hacía poco tiempo que se dedicaban á este trabajo. Estas gentes abandonan de mala gana sus campos desde octubre á mayo, razón por la cual las caravanas que se dirigen á la costa escogen, por regla general, para sus viajes la estación seca. Para ir desde la costa al interior, prefieren que hayan terminado los períodos grande y pequeño de lluvias, es decir los meses de julio ó setiembre. En 1857, el salario de un faquín desde la costa hasta Kaseh era de 10 á 12 dollars en géneros: anteriormente había sido, durante una temporada, de 6 dollars: el viaje de retorno era mucho más barato. A los faquines se les denominaba en el Este de Africa *pagasi* y en los territorios portugueses *carregadores*. Las caravanas pueden dividirse en tres clases: las de los waniamwesis, las que se componen de gentes cargadas con mercancías propias, y las que forman los alquilados por los pequeños comerciantes: estas últimas van dirigidas por un caudillo elegido, á quien se da el nombre de Mtongi ó Ras Kafilah, y por lo mismo que las impulsa el propio interés son las más baratas y las que más pronto regresan. Sin dificultad alguna damos crédito á la manifestación de Burton de que merece compasión el viajero europeo que se junta con una de esas caravanas, pues ésta no se separa tres pasos de su camino.

Los faquines árabes tienen naturalmente más pretensiones y son de menos confianza. «Estos hombres ruines y voluntariosos se portan con la más cínica desvergüenza; contestan siempre en tono imperativo y no trabajan sino quejándose y manifestando abiertamente su descontento. Las raciones son objeto constante de sus cuidados: por lo mismo que cuando están en sus casas han de limitarse á una ración corta de sémola, aguzan cuando van de viaje su ingenio para proporcionarse la mayor cantidad posible de víveres, sintiéndose, durante aquella temporada, poseídos de un verdadero furor carnívoro.» De la cantidad de alimento y especialmente de la tan codiciada carne depende en buena parte la disposición de la caravana, y la distribución de la carne, en algunas caravanas como por ejemplo las que van al país del Masai y á Ukamba, está rigurosamente regulada por antiguas costumbres: la cabeza pertenece al hechicero ó secretario; el pecho al porta-estandarte; la cola al jefe de los guías; el corazón al corneta; y un pedazo de pierna con el pie al pregonero: lo demás puede distribuirlo á su antojo el comerciante de cuya cuenta corre la caravana. Por regla general, estas caravanas tienen una marcha irregular, pues pierden mucho tiempo con los preparativos; después procuran recuperar lo perdido hasta que quedan diezgadas por las enfermedades ó por las deserciones y entonces se ven obligadas á avanzar lentamente ó á perder más tiempo. Las caravanas que en el Africa oriental van guiadas por wasuahelis ó por wamrimas se encuentran entre esos dos extremos, pero sus guías se entienden mucho mejor que los árabes con sus pagasis. Estas caravanas son generalmente las más seguras y se ven poco diezgadas por las enfermedades. Todos los que de ellas forman parte, si no se sienten afectados por alguna pesadumbre, procuran acortar las horas del camino cantando, gritando y prorrumpiendo en exclamaciones que sólo se oyen durante el viaje; estrépito que aumenta cuando la comitiva se aproxima á una aldea: entonces se despliega la bandera y se toca el tambor, si hay alguien que lo lleve. «¡Hu!á, Hu!á! ¡Adelante, adelante! ¡Mogolo! (lugar de parada). ¡Pienso, pienso! ¡No os canséis! ¡Aquí está la aldea, la patria está cerca! ¡Apresúrate, Kirangosi! ¡Oh, ya vemos á nuestra madre! ¡Comeremos!» Tales son las voces que entonces se oyen. Sin embargo, aun en las comarcas que tienen muchas aldeas, no en todas se hace alto, pues no todos los pueblos se muestran igualmente inclinados en favor de las caravanas, por las cuales se han visto quizás anteriormente perjudicados. Los wamrimas, acostumbrados al tráfico, dejan sin temor alguno que los extranjeros penetren en sus aldeas: igualmente afectuosos se muestran los waniamwesis; pero en cambio los wasaramos no dan acogida á ningún waniamwesi, y en Ugogo se acampa siempre al aire libre por la desconfianza que inspiran sus habitantes. Más hacia el Norte, en el país de los masais, las caravanas parecen convoyes de guerra y marchan lentamente y en filas compactas porque los masais hacen prisioneros ó matan á los faquines que se quedan rezagados: una vez llegada la comitiva al punto en que debe hacer alto, se construye inmediatamente una empalizada de acacias y de mimosas erizadas de puntas, para estar en cierto modo á cubierto de cualquier sorpresa nocturna.

Los campamentos se construyen siempre en forma circular y se les rodea de una valla de malezas: en el centro y en campo raso se levantan las cabañas de los jefes de la caravana. En las comarcas del Este, donde escasea la madera, se construye un entarimado con palos, cubierto con un techo de césped que descende hasta el suelo y está abierto por delante. En el territorio comprendido entre Uvinsa y los lagos, en donde abundan por todas partes los árboles, se

construyen cabañas para bueyes, parecidas á las de las aldeas, mientras que los habitantes de los lagos llevan consigo esteras de juncos que extendidas sobre palos, constituyen las tiendas. Estas no han de ser grandes, porque una de las principales virtudes de los viajeros africanos consiste en la facilidad con que dos ó tres de ellos se cubren todo el cuerpo, excepción hecha de las piernas, con una sola estera de un metro cuadrado.

La celeridad en la marcha de las caravanas varía naturalmente mucho. Burton refiere de una conducida por árabes que andaba 30 millas inglesas cada día, lo cual es en extremo excepcional: el propio viajero opina que en las madrugadas frescas é iluminadas por la luna pueden hacerse marchas de 4 millas inglesas por hora; pero ya se comprenderá que la marcha normal es mucho menor, pudiendo decirse que en un largo viaje un andar medio de 2  $\frac{1}{4}$  millas por hora es ya bastante. Livingstone, con sus robustos makololos, andaba de 2  $\frac{1}{2}$  á 3 millas. Los faquines de Lacerda (en el Africa oriental) se quedaron admirados al oír que se les pensaba hacer andar más de dos millas alemanas por hora, al paso que los de Pethevick andaban 8 horas al día á razón de 3  $\frac{1}{2}$  millas inglesas por hora. Estas diferencias se explican por la diversidad de complejiones y por las condiciones del suelo y del clima. El testimonio de la mayoría de los viajeros coincide en que las jornadas son cortas, razón por la cual pueden calificarse de bastante exactas las conclusiones que deduce Galton de repetidos experimentos, á saber: que 10 millas inglesas diarias son un buen término medio y que merece alabanzas la caravana que en 6 meses recorre 1,000 millas inglesas de un país salvaje.

De muy antiguo, las caravanas salidas principalmente de Mombas, Zanzíbar y Sofala se han dirigido al interior, en donde tenían como puntos de arribada, es decir como productivos viveros de esclavos, los territorios de las masais y wakambas, de los wagogos y waniamwesis, de los makúas y wagaos. Ya á principios de nuestro siglo avanzaron hasta el Ukerewe, y Livingstone encontró algunos comerciantes en el Zambezé. Hay que consignar, sin embargo, que los comerciantes que, procedentes así del Este como del Oeste, llegan hasta el interior, no son, por regla general, negros puros, sino árabes y mestizos. Los negros tienen ciertamente talento mercantil para su tráfico interior, pero no saben apreciar del modo debido los géneros y las fuerzas que el comercio exterior utiliza. Si bien en general no puede decirse que el negro «está en la infancia de la humanidad», esto no obstante, es innegable que conserva ciertas inclinaciones infantiles de razas superiores. Hace siglos que Vasco de Gama se quedó sorprendido, al ver que los negros rechazaban con desprecio el oro y la plata para abalanzarse como niños hacia las perlas falsas y otras fruslerías: pues lo propio sucede hoy en día, siendo dolorosamente cómica la expresión de codicia, la admiración íntima que excluye todos los demás sentimientos, con que el negro contempla aquellos objetos. Y sin embargo se sirven de ellos únicamente como juguetes; así es que cuando el negro ha sacrificado su cabra ó su trigo para ser feliz poseedor de un collar de perlas, lo coloca durante algunos días en su cuello para poco después, cansado ya de él, hacer todo lo posible para cambiarlo por alguna otra cosa. Las perlas son un artículo que no puede faltar en ninguna transacción mercantil, sobre todo cuando se trata del bello sexo: no son siempre igualmente buscadas, sino que en ellas impera hasta cierto punto la moda. En el siglo décimosexto, los indígenas de la costa de Angola se mostraron tan apasionados por ellas, que llegaron á darles valor de moneda. En las demás costas occidentales hacían las veces de ésta, en aquella misma época, las conchas

kauris que también fueron moneda menuda en los territorios mercantiles árabes del Este de Africa, en los cuales circulaba asimismo en distintas formas la plata allí introducida por los indios ó por los árabes. En Nyangwe tenían curso de moneda, en tiempo de Camerón, los kauris, los esclavos y las cabras: en los países del Nilo circulaban las hachas y los anillos de hierro, y los trozos de este metal en forma de herraduras y de azadas (véase el grabado de la página 160). En el lago Bemba, le fueron exigidas á Livingstone tres azadas de hierro como precio para pasar de un lado á otro á diez personas. En los territorios sudaneses, hasta más allá de Adamaua, se admiten como dinero tiras de telas de algodón, inútiles por lo estrechas. En Bornu, el dinero reviste la forma extravagante de poleas destinadas á no servir nunca. En todos los pueblos pastores circulan como dinero los bueyes. Las monedas, empero, sólo han podido aclimatarse — excepción hecha de Abisinia y de muchas partes del Sahara y del Sudán — en los territorios que gozan de mayor progreso y bienestar, como el país de los basutos.

El comercio de exportación, tan importante para el desenvolvimiento de la civilización en Africa, se ha resentido hasta ahora de la escasez de materias exportables, cuyo número puede indudablemente aumentar de un modo considerable. Camerón cita como productos exportables los siguientes: caña de azúcar, algodón, aceite de palmera, café, tabaco, sésamo, polvo de ricino, mpafu («árbol corpulento y hermoso de cuyo fruto, parecido á la aceituna, se saca un aceite aromático: debajo de la corteza tiene una resina olorosa: este árbol es indígena en el territorio comprendido entre la orilla occidental del Tanganika hasta las fronteras de Lovale»), nueces moscadas, pimienta negra y encarnada, árboles de maderas preciosas, arroz, trigo, mijo, maíz, caucho, resina copal, cáñamo, marfil, cueros, cera, hierro, carbón, cobre, oro, plata, bermellón y sal. Según un cálculo de Westendarp, Africa ha exportado solamente á Europa — sin contar la exportación á la India y á América — desde 1857 á 1876, 614,000 kilogramos de marfil al año por término medio: Rohlfis añade á este cálculo el siguiente: «Al gran número de productos citados por Camerón hubiera podido éste añadir otros tantos, pues de entre los muchos por él omitidos sólo mencionaré las plumas de avestruz y las castañas, sobre todo la *Arachis hypogaea*, que crecen en todas partes y que tienen gran importancia.» Sería altamente extraño que un país tropical como el Africa, no ocultara en su flora un gran número de tesoros no descubiertos todavía. El Africa es, además, uno de los países de la tierra más ricos en hierro y contiene minas de carbón de piedra, de cobre, de diamantes y de oro. No falta más que explotar todo esto con espíritu emprendedor y con capitales, para que tales tesoros se pongan en circulación.

El negro es voluble no sólo como emigrante que lleva consigo su casa y sus gentes sino también considerado aisladamente como individuo, según hemos tenido ocasión de hacerlo notar al hablar de las relaciones políticas. A esto se debe la variedad que presentan algunas de sus costumbres de viaje: por ejemplo, cuando algunos viajeros betschuanes se encuentran en un camino y son desconocidos los unos de los otros, en vez de juntarse, los que han llegado últimos se mantienen de pie ó sentados á cierta distancia, hasta que los otros deciden adquirir noticias de ellos, en lo cual emplean media hora. Débese esto á la gran desconfianza de que se sienten poseídos los pueblos que en tal grado de cultura se encuentran. Luego se aproximan y después de las preguntas correspondientes, cuentan unos y otros sus vidas siguiendo un procedimiento de dietario, es decir

relatando por orden cronológico y en términos concisos todo cuanto han visto y presenciado. [Por la noche, al amor de la lumbre y con las pipas encendidas, se entra en los detalles de lo ya referido en globo. Entre los tedas de Tibesti y los tuaregs, este ceremonial es mucho más prolongado, pues antes de ponerse en contacto pasan mucho rato agachados y dispuestos á luchar. Más hostiles que los que sólo sienten esta natural desconfianza, son aquellas tribus con frecuencia visitadas por los tratantes de esclavos, las cuales ven naturalmente en todo hombre blanco un enemigo. Por el contrario los que viajan como mercaderes ó por lo menos llevando consigo algunos géneros, hospédanse en la choza del caudillo, quien, por lo mismo que tiene el monopolio del comercio, procura sacar alguna utilidad de su huésped. La hospitalidad no aparece en muchas tribus negras tan pura y tan firme como en otros pueblos; pues á ello se opone el egoísmo. Todo el que tiene costumbre de viajar conserva entre las tribus que ha visitado amigos especiales llamados «kalas», á los cuales les está permitido apropiarse de cuanto él posee así de su choza como de una de sus mujeres; de todas maneras, puede estar seguro de que con motivo de la visita se matará un buey ó un carnero en honor suyo. Esta práctica descansa naturalmente en la reciprocidad. Sólo añadiremos que la costumbre de la amistad de sangre, es decir del cambio de sangre para sellar una amistad, la encontramos casi en todas partes.

Los apretones de manos y los besos no se estilaban ni como saludos ni como medios de sellar un pacto de amistad. En algunas tribus, el saludo consiste en batir palmas y entre los bombokos (Camerun) en poner en contacto las palmas de las manos. Los dinkas, antiguamente, para saludarse se escupían. La costumbre universalmente extendida de entregarse mutuamente hierba ó ramas como signo de cordial acogida, la encontramos también entre los negros. Para celebrar alianzas y tratados de paz hay prescritas ceremonias especiales. El cambio de anillos hechos de piel de animales sacrificados y comidos en común, sella una amistad, pero más obligan los juramentos de fidelidad. Entre los wakambas, los emisarios de dos partidos beligerantes se reúnen formando un círculo en cuyo centro hay un puchero del tamaño del puño, hecho con limo y secado al sol, lleno de agua. El encargado de llevar la palabra en nombre de una de las partes, coge un palito y mientras con él golpea constantemente el cacharro habla de las intenciones amistosas de los suyos: otro tanto dice el representante de la otra parte y luego hablan varios de los del grupo, siempre acompañando sus palabras con golpes en el puchero. Por fin se levanta uno, toma el cacharro con sus manos y lo arroja al suelo diciendo: «Si quebrantamos la paz que aquí nos prometemos, que nos rompamos como se rompe este puchero.» Los wasuahelis mahometanos emplean esta ceremonia en vez de juramento, rompiendo un coco en la mezquita. El que quebranta este juramento es más severamente castigado que si hubiese faltado á lo jurado por el Alcorán. Los wakikuyus han modificado esta costumbre en el sentido de que todos los reunidos en aquella asamblea se orinan en un mismo cacharro que luego es hecho pedazos, ó bien estrangulan un cordero y se ofrecen á morir de la misma manera si faltan á la fe jurada. A pesar de todas estas fórmulas, cualquiera de las partes puede romper la alianza: basta para ello que se vaya, aun sin previo conocimiento de la otra, al sitio en que se celebró el congreso, mate una oveja y derrame un poco de sangre de ésta sobre cualquier trozo que se encuentre del cacharro de alianza, ó que riegue con dicha sangre todo aquel lugar. Con esto queda deshecho el juramento.